



El Paraná, camino del Evangelio

Espiritualidad franciscana y la configuración
de la religiosidad popular correntina

ARQUIDIÓCESIS DE CORRIENTES



El Paraná, camino del Evangelio

Espiritualidad franciscana y la configuración de la religiosidad popular correntina

Introducción

Hay pueblos cuya historia puede escribirse siguiendo el curso de un río. Corrientes es uno de ellos. Desde mucho antes de la llegada de los europeos, el Paraná fue mucho más que una inmensa corriente de agua: constituyó una verdadera geografía de encuentros. Sus orillas vieron pasar generaciones de pueblos originarios que aprendieron a leer en sus aguas los ritmos de la

naturaleza, el paso de las estaciones y el misterio de una vida que siempre parecía renacer. El río alimentó el cuerpo, modeló la cultura y despertó una profunda sensibilidad religiosa que encontraba en la creación un lenguaje capaz de hablar del Creador, aun antes de que el Evangelio fuera anunciado. Cuando los primeros misioneros franciscanos navegaron estas aguas, comprendieron que el Paraná no era un obstáculo que hubiera que vencer, sino un camino providencial que Dios les ofrecía para llegar al corazón de los pueblos. Sus aguas unían comunidades dispersas, comunicaban culturas diversas y abrían una ruta de esperanza para quienes deseaban anunciar a Jesucristo. Así, el gran río del litoral argentino se transformó en uno de los primeros caminos del Evangelio en esta región.

Celebrar en este año el octavo centenario de la Pascua de san Francisco de Asís nos invita a volver la mirada sobre esa historia y a descubrirla desde una perspectiva quizás poco explorada.¹ Al recordar el tránsito del Pobrecillo de Asís a la Casa del Padre², no solo hacemos memoria de una de las figuras más luminosas de la historia de la Iglesia, sino que buscamos reconocer cómo el carisma nacido en la pequeña ciudad de Asís fue capaz de atravesar continentes y siglos hasta dejar una huella profunda en estas tierras bañadas por el Paraná.

Con frecuencia, al hablar de la presencia franciscana en Corrientes, evocamos conventos, ciudades, iglesias o nombres ilustres como el de fray Luis Bolaños³. Todo ello forma parte, sin duda, de un patrimonio histórico de inmenso valor. Sin embargo, el legado más profundo del franciscanismo no puede medirse únicamente por los edificios que levantó ni por los pueblos que fundó. Su herencia más fecunda permanece viva en algo mucho más difícil de cuantificar: una manera de creer, celebrar, peregrinar, rezar y comprender la relación entre Dios, la creación y los hermanos.

La religiosidad popular correntina constituye uno de los tesoros espirituales más valiosos de la región. Sus peregrinaciones, fiestas patronales, la devo-

1. Cf. <https://ofm.org/es/centenario-franciscano.html>

2. Carta del Santo Padre León XIV a los Ministros Generales de la Conferencia de la Familia Franciscana con motivo de la apertura del VIII Centenario del Tránsito de S. Francisco de Asís. Cf. <https://www.vatican.va/content/leo-xiv/es/letters/2026/documents/20260107-lettera-morte-sf.html>

3. Cf. https://portalguarani.com/2497_jose_luis_salas_lizaur_/18455_la_evangelizacion_franciscana_de_los_guaranies_por_fray_jose_luis_salas_ano_2000.html

ción entrañable a la Virgen de Itatí, el cariño hacia san Antonio de Padua, la veneración a santa Ana, la sencillez de los altares familiares, el rezo comunitario del Vía Crucis, la construcción de pesebres y tantas otras expresiones de fe no surgieron de manera espontánea ni aislada. Son el fruto de un largo proceso histórico en el que el Evangelio fue encontrándose con la cultura guaraní y criolla, dando origen a una síntesis original que aún hoy continúa dando vida a nuestro pueblo.

Allí aparece uno de los aportes más originales de la espiritualidad franciscana. Los hijos de san Francisco no llegaron a estas tierras con la pretensión de borrar una cultura para imponer otra. Arribaron con la convicción profundamente evangélica de descubrir la presencia de Dios allí donde Él ya había preparado el corazón de los pueblos. Supieron anunciar a Cristo respetando la lengua, valorando las tradiciones y reconociendo las semillas del Verbo presentes en la cultura guaraní. Más que una sustitución cultural, promovieron un fecundo encuentro entre el Evangelio y la vida de los pueblos.

Muchos rasgos característicos del carisma franciscano encontraron resonancia casi inmediata en el alma guaraní: el respeto por la naturaleza como espacio sagrado, la sencillez de vida, la primacía de la comunidad sobre el individualismo, el valor del camino como experiencia espiritual, la hospitalidad, el desapego de los bienes y una profunda apertura a la dimensión simbólica de la existencia.⁴ Aquellas afinidades no eliminaron las diferencias, pero facilitaron un diálogo fecundo que permitió una auténtica inculturación de la fe.⁵

La historia muestra que el franciscanismo no dejó únicamente instituciones; marcó un estilo, un modo de anunciar el Evangelio desde la cercanía, la fraternidad y la minoridad, de vivir la autoridad como servicio, de

4. Serra Pfennig, Isabel, *La huella de los franciscanos en Paraguay y el Río de la Plata*. Fray José Luis Salas, OFM: Misionero, Académico de la Historia del Paraguay y de la Real Academia de Historia, Universidad Autónoma de Madrid, 2017. Cf. https://cvc.cervantes.es/lengua/escritor_misionero/vol_04/16_serra.pdf.

5. El pueblo guaraní era profundamente espiritual, caracterizado por: la búsqueda de la “Tierra sin Mal” (Yvy Marane’ỹ): un mito motor que impulsa la búsqueda de perfección, armonía cósmica y un lugar sin sufrimiento; el valor de la palabra (Ayyvu): la palabra es considerada sagrada y el fundamento de su ser y de sus normas sociales; la vida comunitaria y reciprocidad: organización basada en la solidaridad, el consenso y una economía compartida (el tekoa) y simbiosis con la naturaleza: considerar a la selva y la tierra como su templo y hogar. Cf. Revista Viajeros, Noticias Turísticas, *Descubriendo la Ruta de los Franciscanos: Un viaje al alma cultural del Paraguay*, en <https://revistaviajerospy.com>.

contemplar la creación como hermana y no como objeto de dominio, de acercarse a los pobres reconociendo en ellos el rostro mismo de Cristo. Ese acento terminó impregnando la identidad religiosa de Corrientes de una manera tan profunda que, con frecuencia, forma parte de la vida cotidiana del pueblo.

Esta exposición desea recorrer ese itinerario, no pretende ofrecer una historia exhaustiva de la presencia franciscana ni una simple enumeración de devociones populares. Su propósito es mostrar cómo probablemente un carisma espiritual nacido hace ocho siglos continúa respirando en las expresiones más genuinas de la fe del pueblo correntino. Porque la espiritualidad franciscana no quedó detenida en los conventos ni encerrada en los libros de historia. Descendió a los caminos, aprendió a navegar el Paraná, habló en lengua guaraní, acompañó a los peregrinos, inspiró santuarios y terminó haciéndose cultura.

Antes de adentrarnos en el desarrollo de esta breve reflexión pastoral, propongo recorrer un itinerario que nos permitirá descubrir cómo el carisma franciscano, desde sus primeros pasos en estas tierras, supo encontrarse fecundamente con el alma guaraní, dando origen a una manera singular de vivir y expresar la fe. A partir de ese encuentro fundante, contemplaremos las huellas que la espiritualidad de san Francisco ha dejado en la religiosidad popular correntina, la figura inspiradora de fray Luis Bolaños como modelo de una evangelización inculturada, la ribera del río Paraná entendida como ámbito privilegiado de la memoria creyente y de peregrinación del pueblo de Dios, para concluir con la vigencia de este legado en la vida eclesial y cultural de Corrientes. Será, en definitiva, un recorrido por una espiritualidad que, como las aguas del Paraná, continúa transmitiendo vida, identidad y esperanza a nuestro pueblo.

Quizás esa sea una de las mayores enseñanzas que el año jubilar ofrece a nuestra Iglesia⁶. El Evangelio transforma verdaderamente una sociedad cuando deja de ser solamente un conjunto de enseñanzas para convertirse en una forma de vivir. Probablemente eso fue lo que ocurrió, en buena me-

6. Desde el año 2023 se han venido celebrando acontecimientos decisivos en la historia de la Orden: la aprobación de la Regla, la representación del Pesebre en Greccio (1223), la recepción de los estigmas en el Monte Alverna (1224), la composición del Cántico de las Creaturas (1225) y finalmente el tránsito de san Francisco a la Casa del Padre (1226).

dida, a orillas del Paraná. Allí, el espíritu del Pobrecillo de Asís encontró un pueblo dispuesto a acogerlo y a expresarlo con el lenguaje sencillo de la religiosidad popular.

Por ello, recorreremos juntos este camino siguiendo el curso del río. Descubriremos cómo la espiritualidad franciscana fue dando forma a la identidad creyente de Corrientes y cómo, todavía hoy, sus aguas parecen seguir llevando de generación en generación una manera profundamente evangélica de comprender la fraternidad, la creación, la peregrinación, la pobreza, la alegría y la esperanza.

1. Cuando el carisma franciscano encontró el alma guaraní

Toda auténtica evangelización supone un encuentro. No basta con anunciar un mensaje; es necesario entrar en diálogo con la historia, la cultura y las búsquedas más profundas de un pueblo. La Iglesia ha comprendido siempre que el Evangelio no se implanta como una realidad extraña sobre una cultura, sino que la fecunda desde dentro, discerniendo y elevando todo aquello que constituye una auténtica apertura hacia la verdad y el bien.

La evangelización del litoral rioplatense ofrece uno de los ejemplos más elocuentes de este proceso. Cuando los primeros franciscanos llegaron a las costas del Paraná no encontraron un territorio vacío, ni un pueblo sin horizonte religioso. Hallaron comunidades con una rica cosmovisión, profundamente vinculadas a la naturaleza, con una intensa vida comunitaria y una permanente búsqueda de sentido. Los guaraníes poseían una sensibilidad espiritual que impregnaba toda su existencia. El monte, el río, los animales, los ciclos de la tierra y la memoria de los antepasados formaban parte de un universo cargado de significados. Vivían convencidos de que la realidad visible remitía constantemente a un misterio mayor.

Esta disposición interior permitió que el anuncio cristiano encontrara un terreno particularmente fértil. No porque ambas visiones fueran idénticas, sino porque compartían ciertas intuiciones fundamentales que facilitaron un diálogo fecundo. La espiritualidad franciscana, nacida tres siglos antes en las colinas de Umbría, llegaba inesperadamente a una tierra donde algunos de sus rasgos más característicos podían ser comprendidos con especial hondura.

San Francisco de Asís nunca elaboró un tratado sobre la inculturación del Evangelio. Simplemente vivió con radicalidad la lógica de la Encarnación. Si Dios se hizo hombre para habitar entre nosotros, también sus discípulos

deben seguir la misma lógica. El Santo de Asís no miraba la realidad desde la superioridad, sino desde la minoridad; no buscaba dominar, sino encontrarse; no pretendía imponer, sino testimoniar. Esa actitud espiritual marcó profundamente la acción de los primeros frailes que navegaron el Paraná.

Quizá por ello uno de los primeros gestos misioneros consistió en aprender la lengua del pueblo. No era una cuestión meramente práctica. Incorporar un idioma significa reconocer que el otro posee una palabra digna de ser escuchada, implica admitir que Dios ya ha sembrado en esa cultura semillas que esperan alcanzar su plenitud en Cristo. La obra de fray Luis Bolaños, al elaborar la primera sistematización escrita del guaraní y traducir el catecismo a esa lengua, representa mucho más que un esfuerzo lingüístico. Constituye una verdadera declaración de principios: el Evangelio puede anunciarse sin exigir que un pueblo renuncie a su propia voz⁷.

Este hecho posee una enorme profundidad teológica. El acontecimiento de Pentecostés narrado por los Hechos de los Apóstoles no eliminó las diversas lenguas de los pueblos; hizo posible que todos escucharan las maravillas de Dios en su propio idioma. Desde sus orígenes, la Iglesia comprendió que la unidad de la fe no exige uniformidad cultural. El Evangelio habla todas las lenguas porque está destinado a todos los pueblos.

No resulta extraño, entonces, que el guaraní llegara a convertirse en lengua de oración, catequesis y celebración. Cuando un pueblo descubre que puede dirigirse a Dios con las palabras que aprendió de sus mayores, la fe deja de sentirse como una realidad extranjera y comienza a formar parte de la propia identidad. Tal vez una de las herencias más fecundas de la presencia franciscana haya sido precisamente esa: permitir que el Evangelio echara raíces sin arrancar las raíces del pueblo.

El diálogo fue mucho más allá del lenguaje, también alcanzó la manera de comprender la creación. El mundo guaraní contemplaba la naturaleza con un profundo respeto. El monte no era simplemente un recurso económico; el río era mucho más que una vía de comunicación; los animales y las plantas

7. Los franciscanos aprendieron la lengua guaraní como estrategia de evangelización pacífica. En lugar de imponer el español, dominaron el idioma, elaboraron la primera gramática y tradujeron el catecismo. Esta labor permitió el adoctrinamiento y sentó las bases para las reducciones indígenas.

participaban de una trama vital que debía ser cuidada. Aquella mirada encontró una sorprendente afinidad con la experiencia espiritual de san Francisco, quien había aprendido a llamar hermanos al sol y a la luna, al agua y al fuego, a las aves del cielo y a todas las criaturas. No se trataba de una ingenua idealización de la naturaleza, sino de una profunda contemplación teológica: toda criatura remite al Creador y toda la creación está llamada a alabar a Dios.

Los primeros misioneros comprendieron que el anuncio cristiano no exigía destruir esa sensibilidad, sino conducirla hacia su plenitud. El Dios revelado en Jesucristo no anulaba el asombro ante la belleza del mundo; lo iluminaba. La creación dejaba de ser solamente un ámbito sagrado para convertirse en don amoroso del Padre, confiado al cuidado responsable de sus hijos. De este modo, la espiritualidad franciscana ofrecía una síntesis nueva: el respeto por la naturaleza encontraba su fundamento definitivo en la contemplación del Creador.

Algo semejante ocurrió con la vida comunitaria. El individualismo, tan característico de la cultura contemporánea, resultaba ajeno tanto a la organización social guaraní como a la experiencia franciscana. Para san Francisco, nadie podía seguir a Cristo en soledad. Desde el comienzo quiso reunir hermanos, porque comprendía que el Evangelio sólo puede vivirse plenamente en fraternidad. Del mismo modo, las comunidades guaraníes concebían la existencia desde una profunda conciencia de pertenencia mutua. La persona encontraba su identidad dentro de la comunidad y no al margen de ella. Esta afinidad permitió que las reducciones no fueran únicamente centros de evangelización, sino también espacios donde la fe y la vida cotidiana podían crecer unidas. El trabajo compartido, la oración común, la educación de los niños, el cuidado de los ancianos y la ayuda mutua expresaban una visión cristiana de la convivencia que encontraba resonancias profundas en la organización tradicional de aquellos pueblos.

También la pobreza evangélica fue comprendida de un modo singular. Los frailes llegaron sin ejércitos, riquezas ni pretensiones de poder. Vestían un hábito sencillo, caminaban descalzos, dependían muchas veces de la hospitalidad de quienes los recibían y compartían la vida del pueblo. Esa forma de presencia contrastaba fuertemente con otras expresiones del poder colonial y otorgó una enorme credibilidad a su predicación. Antes que maestros procuraron ser hermanos; antes que administradores, compañeros de camino. Esta cercanía hizo posible que el Evangelio fuera percibido, no como un instrumento de dominación, sino como una propuesta de vida. La autoridad

moral de aquellos misioneros nacía del testimonio de una existencia sencilla, fraterna y disponible para el servicio.

Por ello, la influencia franciscana en Corrientes no puede comprenderse únicamente a través de documentos, fundaciones o fechas. Su verdadera fecundidad radica en haber generado una manera de vivir la fe que terminó incorporándose a la cultura misma del pueblo. La religiosidad popular correntina conserva hasta nuestros días numerosos gestos, símbolos y actitudes cuya raíz más profunda remite a aquella primera síntesis entre el Evangelio anunciado por los hijos de san Francisco y el alma espiritual del mundo guaraní⁸.

Sobre ese humus espiritual crecerán luego las grandes devociones marianas, las peregrinaciones, el Vía Crucis, los pesebres, la entrañable cercanía de san Antonio,⁹ la veneración a santa Ana,¹⁰ la mística de San Luis del Palmar¹¹ y tantas otras expresiones que constituye hoy el patrimonio religioso de nuestra provincia. Nada de ello puede comprenderse plenamente si antes no se reconoce este encuentro providencial entre un carisma nacido en Asís y un pueblo que supo acogerlo, hacerlo propio y transmitirlo de generación en generación.

8. Cf. Religión Guaraní en, https://pueblosoriginarios.com/sur/bosque_atlantico/guarani/religion.html.

9. Su devoción se arraigó con una fuerza descomunal en la religiosidad popular correntina. Su espiritualidad de auxilio inmediato a los pobres hizo que la gente lo adoptara para las necesidades más cotidianas. En Corrientes desde ciudades enteras lo veneran hasta los pequeños altares domésticos, celebran cada 13 de junio con reparto del “pan de san Antonio”, la fiesta, procesiones, compartir la mesa, etc. De este modo se expresa la espiritualidad de la cercanía, donde lo santo no es lejano.

10. En la sociedad guaraní, el parentesco, la transmisión de la cultura y la economía doméstica pasaban fuertemente por la línea de las mujeres, con un sistema matriarcal y de gran autoridad femenina en la familia, llamativamente machista. Las mujeres eran las protectoras de las semillas, la agricultura y la continuidad de la vida. La devoción a la abuela santa Ana logró amalgamar el matriarcado y veneración ancestral, no fue una absorción violenta, sino una simbiosis cultural. Cf. Arnaiz, Roberto Guaraníes: mujeres del río, la palabra y la semilla, en https://www.robertoarnaiz.com/post/guaran%C3%ADes-mujeres-del-r%C3%ADo-la-palabra-y-la-semilla?fbclid=IwY2xjawS6edRleHRuA2FlbQIxMA-BicmlkETFCQ0l1TE53cmpSRVltRWtoc3J0YwZhcHBfaWQQMjlyMDM5MTc4ODIwMDg5MgABHoB-4g3pPCTYVAE-vrsMexlo_yw_xqkVMY4f03ZrQt0aanx4O2gpL-b24hcw8_aem_LVefmJSC2oqtparESvvMVA.

11. Para entender la devoción popular, hay que mirar al hombre debajo de la corona. Luis IX fue contemporáneo al Seráfico, quien fallece teniendo Luis de Francia 12 años. Lo atrajo profundamente su vida, ingresando a la Tercera Orden de San Francisco, siendo declarado patrono junto con santa Isabel de Hungría. Su espiritualidad consistió en despojarse, se sabe que vistió con sencillez debajo de sus ropas reales, ayunaba rigurosamente, lavaba los pies de los mendigos e invitaba diariamente a personas a comer a su mesa. Ese perfil de santo humilde y servidor calzó a la perfección con la idiosincrasia guaraní, que se fue tornando cultura. Esa semilla sembrada en los inicios de la evangelización se fue tornando una fe que no queda encerrada en los templos, sino en el contacto directo al andar, con la naturaleza, los animales y el prójimo en el camino.

El mayor éxito de la evangelización no consiste en fundar instituciones perdurables, sino en lograr que el Evangelio adquiriera el acento del pueblo que lo recibe sin perder la frescura de su origen. Eso fue, precisamente, lo que comenzó a suceder cuando el espíritu de san Francisco encontró, a orillas del Paraná, un corazón dispuesto a dejarse transformar por la alegría del Evangelio.

2. Cinco huellas franciscanas en el alma religiosa de Corrientes

La influencia de la espiritualidad franciscana en Corrientes no puede medirse únicamente por la cantidad de conventos levantados, pueblos fundados o documentos conservados en los archivos. Su verdadera grandeza consiste en haber penetrado lentamente en el corazón del pueblo hasta convertirse en una manera de sentir, rezar y vivir el Evangelio. El paso de los siglos terminó borrando las fronteras entre el origen franciscano de muchas prácticas y la identidad misma del pueblo correntino. Lo que en un comienzo fue una propuesta espiritual terminó transformándose en patrimonio común de generaciones enteras.

Esta es, quizá, la prueba más elocuente de una evangelización auténtica. Cuando el Evangelio se hace cultura, deja de percibirse como algo impuesto desde fuera para convertirse en la respiración cotidiana de un pueblo. Esa transformación no ocurrió de manera inmediata. Fue el fruto paciente de una convivencia prolongada, de una predicación sostenida por el ejemplo y de una extraordinaria capacidad para descubrir la acción de Dios en las semillas de verdad ya presentes en la cultura guaraní.¹²

Entre los numerosos frutos de este encuentro pueden reconocerse, al menos, cinco grandes huellas que aún hoy configuran el alma religiosa de Corrientes.

I. La creación como hermana

Pocas imágenes identifican tanto a san Francisco de Asís como aquella que lo presenta cantando las alabanzas del Creador junto a todas las criaturas. El *Cántico del hermano Sol*¹³ no constituye simplemente una bella composición poética; expresa una profunda experiencia espiritual. Francisco contempla el universo como una inmensa fraternidad nacida de un mismo Padre. El sol, la

12. Cf. Melia Bartomeau, *El buen vivir se aprende*, https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1665-109X2015000200010.

13. Fue compuesto por san Francisco en el período de dos años antes de su muerte, entre septiembre de 1224 y octubre de 1226.

luna, el agua, el viento, el fuego y la tierra dejan de ser objetos para convertirse en hermanos y hermanas que participan del mismo acto de alabanza.

Cuando esta mirada llegó al litoral encontró un terreno sorprendentemente receptivo. El pueblo guaraní contemplaba el monte, el río y los animales con profundo respeto. La naturaleza no era un espacio inerte destinado únicamente a ser explotado, sino el ámbito donde transcurría la vida y donde el misterio se dejaba entrever en la armonía de la creación.

Los franciscanos no destruyeron esa sensibilidad, la purificaron y la condujeron hacia Cristo. Enseñaron que la belleza del Paraná, el rumor de los esteros, la inmensidad de los palmares y la fertilidad de la tierra eran reflejo de la bondad del Creador. El río dejó de ser solamente un camino para convertirse también en un signo de la Providencia. El monte continuó despertando admiración, pero ahora invitaba a elevar el corazón hacia Aquel que lo había creado.

Quizá por eso la religiosidad popular correntina continúa respirando una profunda cercanía con la naturaleza. Muchas de sus fiestas patronales se celebran al aire libre; las procesiones recorren caminos rurales; las peregrinaciones atraviesan campos, esteros y montes; los promeseros rezan bajo el cielo abierto. La creación no constituye un simple escenario, forma parte de la experiencia creyente: se reza caminando, a caballo, entre los árboles, contemplando el río o descansando bajo la sombra de un timbó. Sin advertirlo muchas veces, continúa viviendo aquella intuición franciscana que reconoce en toda criatura una invitación a bendecir al Señor.

II. La pobreza como libertad

Existe una palabra profundamente franciscana que resume una de las intuiciones más originales de san Francisco: *sine proprio*, «sin nada propio». No se refiere únicamente a la renuncia a los bienes materiales. Designa una libertad interior que permite reconocer que todo es don recibido y, por ello mismo, todo está llamado a compartirse.¹⁴

14. En este sentido el “*sine proprio*” educa para una cultura del encuentro y del compartir, donde la ayuda no es concesión del que tiene hacia el que no tiene, sino un acto fraterno entre iguales. Pasar de la desapropiación a la solidaridad es un proceso interior. Cuando una persona deja de considerarse propietaria absoluta de lo que tiene, surge naturalmente la solidaridad. La misma no es una obligación jurídica ni una estrategia social, sino una experiencia espiritual: reconocer que todos somos hijos del mismo Padre y que los bienes de la creación están destinados al bien de todos.

Los primeros frailes llegaron a estas tierras llevando poco más que el Evangelio, un hábito gastado y una inmensa confianza en la Providencia. Su autoridad no nacía del poder ni de la riqueza, sino de la coherencia de su vida. Los misioneros no aparecían como conquistadores, sino como hombres que caminaban al lado del pueblo.¹⁵

Con el paso del tiempo, ese espíritu fue impregnando la cultura religiosa correntina. La hospitalidad espontánea hacia el peregrino, el alimento compartido sin preguntar de dónde viene quien llega, el mate que circula de mano en mano, el guiso preparado para todos durante las fiestas patronales o la ayuda silenciosa ofrecida a quien atraviesa una necesidad expresan mucho más que simples costumbres sociales. Revelan una comprensión profundamente evangélica de los bienes, entendidos como dones destinados a fortalecer la fraternidad.¹⁶

En una sociedad donde el éxito suele medirse por la acumulación, la religión popular continúa recordando que la verdadera riqueza consiste en no dejar solo a ningún hermano. Quien participa de una peregrinación descubre que el compartir nace con absoluta naturalidad, nadie pregunta cuánto recibirá a cambio. Lo importante es que todos tengan alimento, agua, abrigo o compañía. Allí el *sine proprio* deja de ser un concepto espiritual para convertirse en una práctica cotidiana de solidaridad fraterna.

III. La vida como peregrinación

Si existe una imagen capaz de sintetizar la espiritualidad franciscana es la del camino. Francisco quiso que sus hermanos fueran peregrinos y forasteros en este mundo. No edificó una espiritualidad sedentaria ni encerrada entre los muros de un convento. Sus frailes debían caminar ligeros, disponibles para ir allí donde el Evangelio los necesitara. Encontramos afinidad entre esta espiritualidad itinerante y la tradición guaraní de la búsqueda de la «Tierra sin Mal».¹⁷ Aunque

15. La expresión tan querida por san Francisco, no se refiere simplemente a la pobreza material, sino a una actitud espiritual de profunda desapropiación, gratuidad y disponibilidad de las cosas y de los bienes. El desapego material franciscano resonó con el guaraní que valora el compartir por sobre el acumular.

16. El Papa Francisco ha insistido reiteradamente en que la fraternidad exige superar la lógica de la apropiación y de la indiferencia. En la Encíclica *Fratelli Tutti* propone una cultura de la amistad social fundada en la convicción que nadie se salva solo.

17. Para la cosmovisión guaraní "la Tierra sin Mal" alude a un territorio libre de enfermedades, donde la tierra produce sola, no hay dolor, hambre y las relaciones comunitarias son perfectas. Es la abolición del sufrimiento terrenal. No era un lugar al que se accedía después de la muerte, era un lugar real, concreto, físico, que se buscaba en vida a través de las migraciones, con contenido religioso guiado por sus chamanes. Caminar no era simplemente un traslado, sino un acto sagrado. Los primeros frailes identificados por su caminar descalzo, sin armas, sin búsquedas de riqueza y dependiendo de la hospitalidad se asocia a los Karai o buscadores espirituales errantes... la utopía está en el más acá.

ambas realidades nacen de horizontes distintos, comparten la convicción de que la existencia humana es una marcha permanente hacia una plenitud que todavía no ha sido alcanzada.¹⁸

Quizá por ello las peregrinaciones adquirieron en Corrientes una profundidad que supera ampliamente el mero cumplimiento de una promesa.¹⁹ El camino mismo se convierte en escuela espiritual. Cada jornada enseña paciencia, fraternidad, sacrificio, confianza y esperanza. El cansancio deja de ser un obstáculo para transformarse en oración.

Basta contemplar la multitud de peregrinos que cada año se dirige hacia el santuario de Nuestra Señora de Itatí o la conmovedora marcha de los devotos de San Luis del Palmar para comprender que el pueblo correntino continúa rezando con los pies.²⁰ Caminar es creer, avanzar juntos es experimentar que nadie llega solo al encuentro con Dios.

En esas largas columnas de peregrinos desaparecen muchas diferencias. El profesional y el peón rural, el joven y el anciano, quien cabalga y quien camina descalzo, descubren que todos son simplemente hermanos en camino. Esa igualdad fundamental probablemente constituye una de las expresiones más bellas como expresión de la minoridad franciscana.²¹

18. Las primeras reducciones franciscanas funcionaron como una materialización de es “Tierra sin Mal”. Allí encontraban libremente refugio de los dos grandes males de la época: el sistema de explotación de la encomienda española y los ataques de los bandeirantes que los cazaban para esclavizarlos. La misión franciscana se convirtió metafóricamente en ese espacio de paz donde se podía vivir sin opresión.

19. Existe una conexión fascinante poética entre la itinerancia franciscana, el andar de los frailes sin rumbo fijo, viviendo como peregrinos y la búsqueda guaraní de la “Tierra sin mal”. Ambas visiones coinciden con una idea central: el viaje físico y espiritual coinciden como único camino para alcanzar la plenitud y la liberación de los males del mundo. Esta afinidad no pasó desapercibida, los antropólogos e historiadores señalan que fue precisamente este punto de encuentro lo que facilitó la aceptación de parte de los guaraníes a los primeros frailes.

20. El concepto franciscano de la vida como itinerario, donde el hombre es “*homo viator*” peregrino y extranjero, se corporiza de manera literal en el trayecto que se recorre entre San Luis del Palmar e Itatí. Se vive la fraternidad en el camino, en el no hay rangos. El que va a caballo cuida al que va a pie, las familias abren sus carretas para compartir el guiso caldudo o el mbaipú. Se vive la fraternidad evangélica que pregona el Varón de Asís. Peregrinar implica dejar comodidades, dormir a la intemperie en carpas rudimentarias bajo el frío, lluvia, soportar el cansancio y confiar en la providencia. La marcha cruzando los campos, montes, esteros y palmares reflejan la comunión con la hermana naturaleza.

21. En el imaginario Sanluisito no es un monarca inalcanzable de la Europa medieval, debido al arraigo de esta mística franciscana, el pueblo lo despoja de la rigidez cortesana. Se lo llama en diminutivo expresando la cercanía y el cariño. Los peregrinos tienen la certeza que el santo peregrina junto con ellos, va sufriendo los avatares del camino, el barro, los inconvenientes, el andar. La devoción popular correntina logró un milagro cultural: convirtió al rey más poderoso de la cristiandad medieval en un humilde gaucho peregrino que acompaña a su pueblo hacia la Virgen de Itatí, la Pura y Limpia.



IV. La ternura de Dios hecha cercana

Otro de los rasgos más característicos del franciscanismo consiste en haber acercado el misterio de Dios a la experiencia cotidiana de las personas.²² Francisco contemplaba con inmenso asombro a un Dios que había querido hacerse niño en Belén, pobre entre los pobres, cercano a todos.²³

No resulta casual que los franciscanos difundieran con tanta intensidad el pesebre,²⁴ el Vía Crucis,²⁵ la devoción a la Virgen María,²⁶ a santa Ana y a san Antonio de Padua. Todas estas expresiones poseen un mismo hilo conductor: mostrar un Dios que camina con su pueblo, comparte sus alegrías y sostiene sus sufrimientos.

22. El Papa Francisco dedicó una especial atención a esta tradición en la Carta Apostólica *Admirabile Signum* (2019) sobre el significado y el valor del Belén, donde recordó que el pesebre es un evangelio vivo que ayuda a contemplar el misterio de la Encarnación y a redescubrir la ternura de Dios. https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_letters/documents/papa-francesco-lettera-ap_20191201_admirabile-signum.html.

23. En 1223 en Greccio, san Francisco quiso contemplar de manera más viva el misterio del nacimiento de Jesús. Según narra Fray Tomás de Celano, Francisco preparó una representación sencilla con un pesebre, heno y animales. No se trataba de una puesta en escena teatral, sino de una catequesis visual destinada a despertar el amor y la gratitud hacia el Dios que se había hecho niño con profunda significancia teológica: Dios que se hace cercano, la pobreza como lugar de encuentro, la fraternidad universal y la alegría de saber que Dios está con nosotros.

24. Los conventos y misiones se convirtieron en centros de difusión de pesebres artísticos, representaciones vivientes, villancicos populares, celebraciones navideñas a cielo abierto, etc. La sencillez del mensaje permitió que el pesebre fuera comprendido por personas de todas las edades y condiciones sociales.

25. La espiritualidad franciscana se caracteriza por un amor apasionado a la humanidad de Jesucristo, contempla la cruz como manifestación suprema del amor de Dios por la humanidad. En su experiencia espiritual un momento culmen lo encontramos en el Monte Alvernia, cuando recibe los estigmas de la pasión. Un acontecimiento decisivo ocurrió en 1342 cuando el Papa Clemente VI confió oficialmente a los franciscanos ser los custodios de los Santos Lugares. Ante la imposibilidad de la mayoría de los cristianos de poder viajar a Jerusalén surgió reproducir espiritualmente ese itinerario en templos, conventos, santuarios, etc. Entre los siglos XV y XVIII los franciscanos difundieron esta práctica mediante el ejercicio piadoso del rezo y realizar de este modo una peregrinación espiritual siguiendo los pasos de Jesús del el Pretorio al Calvario. San Leonardo de Puerto Maurici OFM (1676-1751) será el gran difusor de esta práctica, llegando a instalar uno en el Coliseo Romano.

26. Cf. Amorós, León, OFM, *María y la vida espiritual franciscana*, en <https://www.franciscanos.org/virgen/lamoros.html>.

La religiosidad popular correntina conserva admirablemente esta cercanía. Los santos no son personajes lejanos encerrados en un pasado remoto, forman parte de la vida diaria. Se los invoca con confianza, se los visita, se conversa con ellos en la intimidad del hogar y se los lleva en procesión como miembros de la propia familia. El pueblo no siente distancia entre el cielo y la tierra porque ha aprendido, desde antiguo, que Dios eligió hacerse vecino de la humanidad. Esta intuición profundamente franciscana puede explicar la extraordinaria vitalidad de la piedad popular correntina.

V. Una Iglesia con rostro de pueblo

Sin embargo, la herencia más profunda del franciscanismo quizá no consista en una devoción determinada ni en una práctica concreta. Su legado mayor es un modo de ser Iglesia. Los primeros frailes aprendieron a vivir entre la gente. Compartieron sus alegrías y sus dolores, recorrieron los mismos caminos, hablaron la misma lengua y confiaron en las posibilidades espirituales del pueblo sencillo. Comprendieron que la evangelización comienza cuando el misionero decide hacerse prójimo.

Ese estilo permanece vivo en la afectiva Iglesia correntina. La cercanía cordial de las comunidades, el protagonismo de los laicos en las fiestas patronales, la fuerza evangelizadora de las familias, la hospitalidad de los pequeños pueblos y la centralidad de los santuarios muestran una Iglesia que sigue respirando con el mismo espíritu de fraternidad que animó a los primeros hijos de san Francisco.

No se trata de una nostalgia del pasado, es una tarea siempre actual. También hoy la Iglesia está llamada a anunciar el Evangelio desde la cercanía, la humildad y la alegría. En un tiempo marcado por el individualismo y la fragmentación social, la espiritualidad franciscana continúa recordándonos que la primera forma de evangelizar consiste en hacer visible la fraternidad.²⁷

27. Construir fraternidad implica priorizar la escucha, la cercanía y la solidaridad, convirtiendo las relaciones humanas en un signo palpable del Reino de Dios. Este enfoque de evangelización parte de la premisa de que antes de transmitir una doctrina, es necesario mostrar a un Dios que es Padre y que nos invita a vivir como hermanos. En la Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium* y la Encíclica *Fratelli Tutti* del Papa Francisco, el amor vivido en fraternidad es el anuncio más eficaz para provocar el encuentro personal con Cristo.

Estas cinco huellas —la creación contemplada como hermana, la pobreza vida como libertad, la vida entendida como peregrinación, la ternura de un Dios cercano y una Iglesia con rostro de pueblo— constituyen, quizá, el legado más perdurable que el franciscanismo dejó a orillas del Paraná. No son únicamente recuerdos de un pasado glorioso. Siguen latiendo en el corazón creyente de Corrientes y continúan ofreciendo una valiosa inspiración para la misión evangelizadora de nuestro tiempo.

3-Fray Luis de Bolaños: el rostro de una evangelización inculturada

Toda época posee hombres y mujeres que logran expresar, con singular claridad, el espíritu de su tiempo. En la historia de la evangelización del Río de la Plata, pocos nombres condensan con tanta fuerza el ideal misionero franciscano como el de fray Luis Bolaños.²⁸ Su figura se ha convertido en un punto de referencia ineludible para comprender los orígenes cristianos de Corrientes y el modo en que el carisma de san Francisco echó raíces profundas en el corazón del pueblo guaraní.

Reducir a Bolaños al fundador de pueblos,²⁹ organizador de reducciones³⁰ o al pionero de la lengua guaraní sería empobrecer el verdadero alcance de su obra,³¹ fue un hombre profundamente configurado por la espiritualidad franciscana. En él, la minoridad, fraternidad, cercanía a los pobres, amor a la creación y confianza absoluta en la Providencia dejaron de ser ideales para convertirse en una forma concreta de vivir y anunciar el Evangelio.

28. Fray Luis de Bolaños nació en Marchena (Sevilla) en 1539 (?), y murió en Buenos Aires en 1629. Siendo ya franciscano, partió para América en 1572, en la expedición del adelantado D. Juan Ortiz de Zárate. Llegó, con otros 22 franciscanos, a la Asunción en 1575. Fue el iniciador de las «reducciones» de Paraguay. Hizo la primera traducción del Catecismo limeño al guaraní. Después de una larga vida de evangelización, se retiró al convento de San Francisco de Buenos Aires, donde murió. Cf. <https://www.franciscanos.org/enciclopedia/lbolanos.html>

29. Cf. Tras las huellas franciscanas, encuentro de culturas en Paraguay, en https://revistaviajerospy.com/nota/2085/tras_las_huellas_franciscanas_encuentro_de_culturas_en_paraguay.

30. No es el objetivo en esta exposición profundizar sobre el concepto “reducción”. Brevemente expresamos que proviene del latín *reducere*, que en el contexto colonial hispano no significa “minimizar” ni “achicar”, sino “conducir”, “reunir”, o “llevar de vuelta” a los indígenas dispersos hacia una vida en común (bajo el modelo de pueblos accidentales, en policía y bajo la fe cristiana). Aunque el término general implicaba centralizar poblaciones para su evangelización y control, la forma de abordarlo varió profundamente entre las órdenes religiosas que las llevaron adelante con aspectos positivos y negativos. Su significado mutó drásticamente en la época contemporánea adquiriendo un matiz peyorativo visto como etnocidio, asimilación forzada, eliminar, domesticar, sinónimo de confinamiento. En el siglo XVI y XVII el concepto se entendía en el marco teológico y político como un acto de salvación, orden y civilización y en la actualidad se lo interpreta como un proceso de homogeneización, despojo territorial y disciplinamiento social.

31. Algunas hoy ciudades que fundó Bolaños podemos mencionar: Atyrá, Altos, Caazapá, Yuty, Itati, Guarambaré, Capuy, Ypane, Ita, Baradero. Cf. Triviño Monrabal, María Victoria, *Reducciones franciscanas de Paraguay y Río de la Plata*. file:///C:/Users/chuky/Downloads/Dialnet-ReduccionesFranciscanasDeParaguayYRioDeLaPlata-8091725%20(1).pdf

Su historia comienza lejos de estas tierras, en Andalucía. La Providencia quiso que aquel joven fraile encontrara en el Nuevo Mundo el horizonte definitivo de su vocación. Llegó al Río de la Plata cuando estas regiones apenas comenzaban a organizarse y el anuncio del Evangelio exigía una extraordinaria fortaleza física, una profunda vida interior y una gran capacidad para comprender culturas muy distintas de la propia.

Los cronistas describen una existencia marcada por los largos desplazamientos, las privaciones y el permanente contacto con los pueblos originarios. Navegó innumerables veces el Paraná y sus afluentes; recorrió senderos apenas abiertos entre montes y esteros; soportó enfermedades, inundaciones y toda clase de dificultades. Sin embargo, nunca entendió esas penurias como obstáculos, sino como parte inseparable de la misión. En esto aparece con claridad el sello franciscano: el camino no era solamente el medio para llegar al destino; era ya un espacio privilegiado para vivir el Evangelio.

En cierto sentido, el Paraná se convirtió para fray Luis en lo que los caminos de Umbria habían sido para san Francisco. Ambos comprendieron que el Evangelio se anuncia caminando junto a las personas, compartiendo sus fatigas y haciéndose compañero de viaje. El río fue para Bolaños mucho más que una ruta de navegación: fue una escuela de paciencia, confianza, disponibilidad y apertura a la voluntad de Dios.

Quizá el gesto que mejor revela la hondura espiritual de su misión fue la decisión de aprender el guaraní. La traducción del catecismo y la elaboración de instrumentos para su enseñanza constituyeron un acontecimiento de enorme trascendencia eclesial.³² Mucho antes que la Iglesia utilizara la palabra inculturación, Bolaños la estaba viviendo. Comprendió que el Evangelio no debía desplazar la identidad de un pueblo, sino fecundarla desde dentro. La Palabra de Dios podía resonar en la lengua materna de los guaraníes sin perder un ápice de su verdad. Por el contrario, esa cercanía permitía que fuera acogida con mayor profundidad y libertad.

32. El catecismo aprobado por el Concilio de Lima en 1583 y por santo Toribio de Mogrovejo para la enseñanza de la doctrina cristiana fue vertido al guaraní por este misionero; esta traducción fue aprobada por el Sínodo de Asunción en 1603 y se ordenó que fuera utilizada en la enseñanza de la doctrina cristiana. <https://www.franciscanos.org/enciclopedia/lbolanos.html>.



Esta actitud revela una intuición profundamente franciscana. San Francisco nunca pretendió imponer su propia cultura. El encuentro con el sultán durante las Cruzadas constituye una prueba elocuente de su disposición al diálogo respetuoso.³³ Sus hijos espirituales llevaron esa misma actitud a América. Evangelizar no significaba uniformar, sino descubrir cómo el Espíritu Santo ya trabajaba silenciosamente en el corazón de los pueblos.

La fundación de las reducciones respondió a esa misma lógica.³⁴ Con frecuencia se las interpreta únicamente desde su organización política o económica. Sin embargo, para los franciscanos fueron, ante todo, comunidades

33. Su encuentro con el Sultan Malik al Kamil, en plena época de las cruzadas, constituye uno de los episodios más extraordinarios de la historia cristiana. Francisco no acudió movido por el deseo de confrontar, sino por el deseo de dialogar y dar testimonio del Evangelio. En ese sentido puede considerarse un precursor de la fraternidad universal, del diálogo intercultural e inter religioso.

34. Los franciscanos fueron los pioneros del sistema reduccional. Estaban integradas al sistema colonial general de manera más laxa. Solían estar sujetos al régimen de encomienda (deber de prestar trabajo o tributo a colonos españoles) lo que facilitó un mayor mestizaje cultural y físico, también los exponía a la explotación laboral tradicional de la época. Con relación a la arquitectura y estructura comunitaria tendía a ser más sencillas. La Compañía de Jesús tomó el modelo a partir de 1609 y lo llevó a una escala de organización, autonomía y sofisticación sin precedentes logrando autonomía absoluta y asilamiento (exentas del régimen de encomienda, esto las blindó de los abusos de los terratenientes y del acoso de los bandeirantes). Implementaron un modelo económico exitoso basado en la combinación de la propiedad familiar y comunal, siendo unidades autosuficientes, tecnificadas y exportadoras. Organizaron con una simetría urbana en torno a una gran plaza, formaron sus propias defensas, etc.

cristianas donde la fe impregnaba todos los aspectos de la existencia. El trabajo, la educación, la oración, la vida familiar y la organización social formaban parte de una misma experiencia de discipulado.

Bolaños comprendió que el cristianismo no podía reducirse a la recepción de algunos sacramentos o al aprendizaje de ciertas verdades doctrinales. Era necesario formar comunidades donde el Evangelio modelara progresivamente las relaciones humanas. En este aspecto aparece nuevamente el influjo de san Francisco: la fraternidad no era un simple sentimiento, sino una forma concreta de organizar la convivencia.

Su cercanía al pueblo también se manifestó en la promoción de la devoción mariana.³⁵ La imagen de Nuestra Señora de Itatí ocupa un lugar privilegiado dentro de esa obra evangelizadora. María aparece como la Madre que reúne a sus hijos, acompaña sus sufrimientos y conduce siempre hacia Cristo. Claramente se advierte la profunda afinidad entre la espiritualidad mariana y la ternura con que san Francisco contemplaba a la Virgen, a quien llamaba «Virgen hecha Iglesia»,³⁶ reconociendo en ella el modelo perfecto del discípulo que escucha, acoge y entrega al mundo la Palabra de Dios.

Gracias a esa mirada, la devoción a la Virgen no quedó reducida a una práctica piadosa. Se convirtió en un verdadero principio de cohesión social y religiosa. Alrededor del santuario de Itatí comenzaron a reconocerse como hermanos pueblos de muy diversa procedencia. Españoles, criollos, guaraníes y mestizos encontraron en la misma Madre un lugar de encuentro que superaba diferencias de origen, condición social o lengua. La espiritualidad franciscana había comprendido, una vez más, que la fraternidad cristiana encuentra en María uno de sus rostros más luminosos.

35. Los franciscanos introdujeron con enorme fuerza la devoción a la Virgen María. Para el mundo guaraní, esta figura conectó perfectamente con el respeto reverencial hacia la Madre ancestral, la dadora de vida y protectora de la comunidad dignificando el rol femenino de la cultura colonial de la época.

36. «¹Salve, Señora, santa Reina, santa Madre de Dios, María, que eres virgen hecha iglesia ²y elegida por el santísimo Padre del cielo, a la cual consagró Él con su santísimo amado Hijo y el Espíritu Santo Paráclito, ³en la cual estuvo y está toda la plenitud de la gracia y todo bien. ⁴Salve, palacio suyo; salve, tabernáculo suyo; salve, casa suya. ⁵Salve, vestidura suya; salve, esclava suya; salve, Madre suya ⁶y todas vosotras, santas virtudes, que sois infundidas por la gracia e iluminación del Espíritu Santo en los corazones de los fieles, para que de infieles hagáis fieles a Dios». Saludo a la bienaventurada Virgen María. <https://www.franciscanos.org/esfa/salvm.html>.

También resulta significativo el modo en que Bolaños ejerció la autoridad. En una época donde el prestigio solía identificarse con el poder, él eligió el camino del servicio silencioso. Su autoridad nacía de la credibilidad de su vida. Los pueblos confiaban en él porque lo habían visto compartir sus dificultades, caminar junto a ellos, hablar su lengua y defender su dignidad.³⁷ La obediencia que despertaba no provenía del temor, sino del reconocimiento agradecido hacia quien había hecho de la fraternidad el centro de su ministerio.

Por ello, la memoria de fray Luis Bolaños continúa a través del tiempo. No permanece únicamente en las crónicas de los historiadores ni en los documentos eclesiásticos. El legado y la semilla sembrada continúa dando frutos cuando el guaraní sigue resonando en la oración popular y una comunidad celebra su fiesta patronal con espíritu de fraternidad; cuando una familia abre generosamente las puertas de su casa al peregrino y expresa con sencillez, cercanía y alegría la fe. Su obra más perdurable consistió en demostrar que el Evangelio puede hacerse cultura sin dejar de ser Evangelio; que la fe puede asumir el lenguaje de un pueblo sin perder su identidad; que la Iglesia crece cuando sabe caminar al ritmo de las personas y escuchar antes de hablar.

Por eso, al contemplar hoy la religiosidad popular correntina, no vemos solamente el resultado de una historia pasada, descubrimos la permanencia de una intuición misionera que sigue interpelando a la Iglesia del presente. En tiempos en que el Papa Francisco insistió una y otra vez en la necesidad de una Iglesia en salida,³⁸ cercana y capaz de valorar la piedad popular, y en que el Papa León XIV nos invita a renovar el impulso evangelizador desde la comunión y la esperanza, la figura de fray Luis Bolaños aparece con renovada actualidad. Su vida recuerda que la misión no comienza elaborando estrategias, sino dejándose transformar por el Evangelio hasta aprender a mirar a cada pueblo con los ojos de Cristo y con el corazón del Poverello.

Quizá esa sea la razón por la cual su nombre permanece inseparable de la historia espiritual de Corrientes. Porque, más que un personaje del pasado, Bolaños continúa siendo el símbolo de una Iglesia que supo navegar el Paraná llevando la riqueza del Evangelio y la humilde alegría del carisma. En él se hace visible

37. Es muy interesante como lo llamaban los guaraníes: “pai pucu”, seguramente por su estatura física de ser alto.

38. Cf. García Maestro, Juan Pablo, OSST, ¿Qué significa una «Iglesia en salida»? La Teología Pastoral del papa Francisco, en <https://revistas.upsa.es/index.php/salmanticensis/article/view/403/320>.

la certeza de que los grandes cambios de la historia no suelen comenzar con el poder, sino con la silenciosa fidelidad de quienes, como el Pobrecillo de Asís, decidieron seguir a Cristo sin nada propio, confiando plenamente en la Providencia y haciendo de cada encuentro una ocasión para sembrar fraternidad.³⁹

4-El Paraná, geografía de la fe: santuarios, peregrinaciones y memoria creyente

Hay ríos que dividen territorios. El Paraná, en cambio, ha sabido unir pueblos, culturas y generaciones. Mucho antes que los mapas señalaran sus márgenes como límites geográficos, sus aguas ya constituían un camino de encuentro. Por él circularon pueblos originarios, expediciones, comerciantes y navegantes; por él llegaron también los primeros evangelizadores, llevando consigo la alegría del Evangelio y el espíritu de san Francisco de Asís.

El Paraná serenamente se fue transformando en un espacio profundamente religioso, sus orillas comenzaron a poblarse de cruces, capillas, oratorios y santuarios.⁴⁰ Allí donde el río marcaba el ritmo de la vida cotidiana, también la fe fue encontrando lugares desde los cuales iluminar la existencia de las comunidades.

La historia cristiana de Corrientes puede leerse siguiendo el curso de sus aguas. Cada puerto conserva la memoria de un desembarco misionero; cada pueblo recuerda la presencia religiosa; cada santuario testimonia el encuentro entre la gracia de Dios y la respuesta creyente de un pueblo. La geografía terminó convirtiéndose en historia de salvación, no es casual que los grandes centros de devoción popular de nuestra provincia hayan nacido vinculados a los caminos recorridos por los misioneros. La evangelización no permaneció encerrada entre las paredes de un templo. Salió al encuentro de las personas allí donde ellas vivían, trabajaban y navegaban. El paisaje comenzó así a adquirir un profundo significado espiritual.

39. La verdadera riqueza no consiste en poseer sino en dar con alegría. Allí donde se vive este don, la fraternidad deja de ser un ideal y se transforma en una práctica cotidiana de amor, servicio y comunión. El “*sine proprio*” sintonizó perfectamente con la no acumulación material de la cultura guaraní.

40. Lo que es hoy Empedrado comenzó con primeros asentamientos que surgieron de manera espontánea alrededor de la devoción al Señor Hallado. En torno de 1806 se formó el primer núcleo poblacional. Bella Vista comienza su historia alrededor de 1774. Por aquel entonces el sitio se llamaba San Fernando de Garzas. Años después se lo denominó La Cruccecita. San Roque fundado en 1773. San Antonio de las Lomas de Itati, hoy Berón de Estrada fue fundada en 1764 por fray Pedro Bernardo Sánchez OFM, originalmente establecida como reducción indígena.

En este proceso sobresale, naturalmente, el santuario de Nuestra Señora de Itatí.⁴¹ No se trata únicamente de uno de los principales centros marianos del nordeste argentino. Es, sobre todo, el símbolo visible de una Iglesia que aprendió a reunir en torno a María pueblos de diversos orígenes, lenguas y tradiciones. Desde hace siglos, las aguas del Paraná parecen conducir incesantemente hacia ese lugar a hombres y mujeres que buscan consuelo, agradecimiento o esperanza.

Las peregrinaciones a Itatí constituyen mucho más que acontecimientos religiosos multitudinarios. Quienes emprenden el camino descubren que la meta comienza a vivirse desde el primer paso. El cansancio compartido, el mate ofrecido al desconocido, la solidaridad espontánea, el silencio de la oración y la alegría del encuentro van modelando lentamente el corazón del peregrino. El camino deja de ser una simple distancia geográfica para transformarse en una verdadera escuela de discipulado.

En esta experiencia aparece una de las intuiciones más profundas de san Francisco de Asís. Él nunca comprendió la vida cristiana como una instalación cómoda, se sabía «peregrino y extranjero» en este mundo.⁴² Invitaba a sus hermanos a caminar ligeros, libres de toda pretensión de dominio, disponibles para anunciar el Reino dondequiera que fueran enviados. Cada sendero podía convertirse en lugar de encuentro con Dios.

Algo semejante ocurre en las grandes peregrinaciones correntinas. El pueblo no marcha únicamente para llegar a un santuario; lo hace para reencontrarse consigo mismo, con los hermanos y con el Señor. La experiencia comunitaria adquiere aquí un valor extraordinario. Durante unos días desaparecen muchas diferencias sociales, económicas o culturales. Todos caminan al mismo ritmo, se necesitan mutuamente y experimentan que la fe cristiana se vive siempre en comunión.

Lo mismo puede afirmarse de la tradicional peregrinación de San Luis del Palmar hacia Itatí, una de las expresiones religiosas más conmovedoras del

41. La atención pastoral del Santuario y custodia de la Virgen casi por tres siglos (1615-1902/3) marcó la espiritualidad que desde allí se irradió con la misma presencia y estilo de los frailes de ir y volver hacia la misión.

42. En la Regla bulada (VI, 2) san Francisco escribe: «y como peregrinos y extranjeros en este mundo, sirviendo al Señor en pobreza y humildad, vayan por limosna con confianza». Esta actitud no supone desprecio de los bienes, sino una relación libre con ellos, se utilizan las cosas pero no se deja poseer por ellas.

país. Cabalgando o caminando, miles de peregrinos mantienen viva tradiciones que trascienden el simple cumplimiento de una promesa. En esa larga columna humana vuelve a hacerse visible la espiritualidad de la fraternidad. Cada jinete sabe que representa a una comunidad, una historia familiar; cada peregrino comprende que lleva consigo las intenciones, los dolores y las esperanzas de muchas personas que no pudieron emprender el camino.

También las pequeñas ermitas rurales, las cruces levantadas junto a los caminos y los modestos altares familiares forman parte de esta geografía espiritual. A menudo pasan inadvertidos para quien recorre apresuradamente la provincia. Sin embargo, constituyen un verdadero mapa de la memoria creyente del pueblo correntino. Son lugares donde una familia agradeció un favor recibido, un viajero encomendó su camino, una comunidad quiso recordar que Dios continúa acompañando la historia cotidiana de sus hijos.

Existe en estas sencillas manifestaciones una profunda intuición. San Francisco enseñó que todo lugar puede convertirse en espacio de encuentro con Dios cuando el corazón aprende a contemplar. No existen únicamente santuarios contruidos con piedra; también la naturaleza puede transformarse en templo cuando conduce a la alabanza del Creador. Por eso la religiosidad popular correntina conserva una admirable capacidad para descubrir signos de la presencia divina en el paisaje cotidiano.

Es significativo que muchas celebraciones religiosas importantes se desarrollen bajo el cielo abierto. La liturgia parece prolongarse naturalmente en el paisaje. El horizonte inmenso del río, el rumor del viento entre los árboles, el canto de las aves y el caminar compartido de los peregrinos recuerdan espontáneamente aquel himno universal de alabanza que san Francisco expresó afirmando que la creación no distrae de Dios sino que conduce hacia Él.

Esta dimensión adquiere una actualidad singular en nuestro tiempo. Frente a una cultura que con frecuencia reduce la naturaleza a un mero recurso económico, la espiritualidad franciscana y la religiosidad popular correntina continúan proclamando que la creación es don antes que propiedad, casa común antes que mercancía. El cuidado del Paraná, de los esteros, de los montes y de toda la riqueza natural de nuestra provincia no responde solamente a razones ecológicas; constituye también un acto de fidelidad al Creador y de responsabilidad hacia las generaciones futuras.

En este punto resuena con fuerza el magisterio del Papa Francisco, quien, inspirándose precisamente en la tradición espiritual del Pobrecillo de Asís, recordó a toda la Iglesia que el cuidado de la casa común forma parte inseparable de la vivencia del Evangelio.⁴³ Esta perspectiva encuentra en la cultura correntina un terreno especialmente fecundo. Quien ha aprendido desde niño a mirar el río con gratitud comprende con facilidad que la creación merece respeto porque antes ha sido recibida como regalo.

Al contemplar esta geografía de la fe comprendemos que la evangelización realizada por los franciscanos no dejó únicamente edificios religiosos, transformó el territorio en memoria creyente. El Paraná dejó de ser solamente una realidad física para convertirse en un símbolo espiritual que continúa recordando el incesante paso de la gracia de Dios por la historia de nuestro pueblo.

Quizá ésta sea una de las imágenes más hermosas que nos deja el legado franciscano. El río sigue fluyendo incesantemente, como han fluido también las generaciones que nos precedieron. Sus aguas nunca son las mismas, pero el cauce permanece. Así sucede con la fe de nuestro pueblo: cambian los tiempos, las circunstancias y las personas, pero permanece vivo esa misma Buena Noticia que un día llegó navegando por el Paraná y encontró, en el corazón sencillo de Corrientes, un hogar donde seguir dando fruto.

Mientras existan peregrinos que caminen hacia un santuario, familias que recen frente a un pequeño altar doméstico, comunidades que celebren sus fiestas patronales y hombres y mujeres que descubran en el paisaje la huella del Creador, el río continuará anunciando silenciosamente aquella antigua verdad que los hijos de san Francisco aprendieron hace ocho siglos: toda la creación canta la gloria de Dios y toda la vida humana está llamada a convertirse en una peregrinación hacia la plenitud de su Reino.

43. «El desafío urgente de proteger nuestra casa común incluye la preocupación de unir a toda la familia humana en la búsqueda de un desarrollo sostenible e integral, pues sabemos que las cosas pueden cambiar. El Creador no nos abandona, nunca hizo marcha atrás en su proyecto de amor, no se arrepiente de habernos creado. La humanidad aún posee la capacidad de colaborar para construir nuestra casa común.» https://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si.html, 13.



5-El legado franciscano: una esperanza para la Iglesia y la cultura correntina

Al concluir este recorrido por la historia y la espiritualidad franciscana en Corrientes, emerge con claridad una convicción fundamental: el verdadero legado de los hijos de san Francisco no pertenece únicamente al pasado. No se conserva solamente en los archivos, en los antiguos conventos, en las imágenes centenarias o en las crónicas de los primeros misioneros. Vive, sobre todo, allí donde el Evangelio continúa haciéndose cultura, fraternidad y esperanza.

Celebrar el VIII Centenario de la Pascua de san Francisco de Asís significa dejarnos interpelar por la sorprendente actualidad de su carisma. Ocho siglos después de su muerte, el Pobrecillo de Asís sigue hablando al corazón de una humanidad que experimenta nuevas pobreza, incertidumbres y profundas fracturas sociales. Cambian los escenarios históricos, pero permanece intacta la necesidad de hombres y mujeres capaces de vivir el Evangelio con sencillez, alegría y autenticidad.

Nuestra provincia no es ajena a estos desafíos. También Corrientes experimenta las tensiones propias de nuestro tiempo. La urbanización creciente modifica los modos de vida tradicionales; la movilidad humana transforma

el tejido social; la cultura digital introduce nuevas formas de comunicación y, al mismo tiempo, nuevas formas de aislamiento. Muchos jóvenes buscan razones para esperar en medio de una sociedad que, con frecuencia, privilegia el éxito inmediato sobre la perseverancia, el consumo sobre la gratuidad y el individualismo sobre la solidaridad.

En este contexto, la espiritualidad franciscana aparece con una sorprendente fuerza renovadora. No porque proponga respuestas fáciles a problemas complejos, sino porque vuelve a colocar en el centro aquello que nunca pierde actualidad: la primacía de Dios, la dignidad de toda persona humana y la fraternidad como fundamento de la convivencia.

El primer gran aporte del franciscanismo al mundo contemporáneo es la recuperación del sentido de la fraternidad. San Francisco soñó con hermanos⁴⁴, comprendió que la verdadera transformación comienza cuando el otro deja de ser un competidor o un extraño para convertirse en un don recibido de Dios.

Esta intuición adquiere hoy una importancia extraordinaria. También nuestra sociedad conoce divisiones, enfrentamientos, desconfianzas y formas de exclusión que debilitan el tejido comunitario. Frente a esta realidad, la religiosidad popular correntina continúa ofreciendo un testimonio silencioso y elocuente. En las peregrinaciones, fiestas patronales, celebraciones comunitarias y en la hospitalidad de nuestros pueblos todavía puede percibirse esa capacidad de reconocerse mutuamente como hermanos. Allí subsiste un capital espiritual que la Iglesia está llamada a custodiar, favorecer y fortalecer.

Un segundo desafío se relaciona con el cuidado de la creación. Quien contempla el Paraná comprende inmediatamente que la naturaleza no constituye un elemento secundario de nuestra identidad. El río, los esteros, los montes y los campos forman parte de nuestra historia, de nuestra economía, de nuestra cultura y también de nuestra espiritualidad. Sin embargo, los problemas ambientales que afectan al mundo entero alcanzan igualmente a

44. San Francisco va a decir: «El Señor me dio de esta manera a mí, hermano Francisco, el comenzar a hacer penitencia; porque, como estaba en pecados, me parecía extremadamente amargo ver a los leprosos. ²Y el Señor mismo me condujo entre ellos, y practiqué la misericordia con ellos. ³Y al apartarme de los mismos, aquello que me parecía amargo, se me convirtió en dulzura del alma y del cuerpo; y después me detuve un poco, y salí del siglo ». Testamento 1-3. <https://www.franciscanos.org/esfa/teste.html>.

nuestra región: la contaminación de las aguas, los incendios de humedales, la pérdida de biodiversidad y el uso irresponsable de los recursos naturales reclaman una renovada conciencia ética.

En este punto, la tradición franciscana ofrece una luz singular. San Francisco contemplaba la creación no como un objeto de apropiación, sino como un don recibido del amor de Dios. Esa mirada, asumida con renovada profundidad por el Papa Francisco en la encíclica *Laudato si'*, invita a comprender que el cuidado de la casa común no constituye una preocupación accesoría, sino una dimensión esencial de la espiritualidad cristiana.⁴⁵ Para un pueblo cuya vida ha estado siempre ligada al Paraná, esta enseñanza posee una resonancia particularmente profunda. Amar el río, proteger los esteros y cuidar la riqueza natural de Corrientes no responde solamente a una sensibilidad ecológica; expresa una actitud de gratitud hacia el Creador y una responsabilidad hacia quienes heredarán esta tierra después de nosotros.

La espiritualidad franciscana también continúa ofreciendo una respuesta frente a otra de las grandes pobreza de nuestro tiempo: la pérdida del sentido de la interioridad. Vivimos rodeados de estímulos, información y ruido, resulta cada vez más difícil detenerse para escuchar, contemplar y orar. Sin embargo, la experiencia creyente necesita espacios de silencio donde el corazón pueda reencontrarse con Dios y consigo mismo.

La religiosidad popular correntina conserva esa capacidad contemplativa. Quien participa de una novena patronal, acompaña una procesión, enciende una vela ante una imagen venerada o recorre en silencio el camino de una peregrinación sabe que existen momentos en los cuales la fe habla con un lenguaje que trasciende las palabras. Esa dimensión contemplativa constituye uno de los tesoros más valiosos heredados y merece ser cuidadosamente preservada.

45. «En primer lugar implica gratitud y gratuidad, es decir, un reconocimiento del mundo como un don recibido del amor del Padre, que provoca como consecuencia actitudes gratuitas de renuncia y gestos generosos aunque nadie los vea o los reconozca: «Que tu mano izquierda no sepa lo que hace la derecha [...] y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará» (Mt 6,3-4). También implica la amorosa conciencia de no estar desconectados de las demás criaturas, de formar con los demás seres del universo una preciosa comunión universal. Para el creyente, el mundo no se contempla desde fuera sino desde dentro, reconociendo los lazos con los que el Padre nos ha unido a todos los seres. Además, haciendo crecer las capacidades peculiares que Dios le ha dado, la conversión ecológica lleva al creyente a desarrollar su creatividad y su entusiasmo, para resolver los dramas del mundo, ofreciéndose a Dios «como un sacrificio vivo, santo y agradable» (Rm 12,1). No entiende su superioridad como motivo de gloria personal o de dominio irresponsable, sino como una capacidad diferente, que a su vez le impone una grave responsabilidad que brota de su fe.» *Laudato Si* 220

Otro aspecto que merece especial atención es la evangelización de las nuevas generaciones. Los jóvenes de hoy viven en un contexto cultural muy diferente del que conocieron sus padres y abuelos. Sin embargo, continúan buscando autenticidad, vínculos verdaderos y motivos para entregar la vida. La figura de san Francisco mantiene una extraordinaria capacidad de atracción precisamente porque presenta un cristianismo alegre, libre, apasionado por Cristo y profundamente comprometido con los más pobres.

Quizá una de los desafíos consista en ayudar a los jóvenes a descubrir que la religiosidad popular no es un conjunto de costumbres heredadas sin reflexión, sino una experiencia viva de encuentro con Jesucristo. Cuando las peregrinaciones, fiestas patronales y devociones son acompañadas por una adecuada formación cristiana, se convierten en auténticos caminos de discipulado y misión.

En este sentido, el magisterio del Papa Francisco ha ofrecido una valiosa revalorización de la piedad popular, reconociéndola como un verdadero lugar teológico donde el Espíritu Santo continúa actuando en el corazón del Pueblo de Dios.⁴⁶ El Papa León XIV ha prolongado esta misma perspectiva al insistir en una Iglesia que fortalezca la comunión, anime la misión y acompañe con cercanía las esperanzas y los sufrimientos de los pueblos. Ambos pontífices, cada uno con su propio acento, nos recuerdan que la evangelización nunca puede separarse de la cultura concreta donde viven las personas.

Corrientes posee, en este sentido, un patrimonio espiritual de extraordinario valor siendo una gran responsabilidad para el presente y promesa para el futuro, tiene la misión de enriquecerla y transmitirla. No basta admirar la obra de quienes nos precedieron; estamos llamados a continuarla con creatividad y fidelidad. Así como los primeros franciscanos supieron anunciar el Evangelio dialogando con la cultura guaraní hoy tenemos el desafío de aprender a dialogar con las nuevas culturas que emergen en la sociedad contemporánea, sin renunciar a la novedad permanente de Jesucristo.

Quizás nos podemos preguntar qué espera hoy el Señor de nosotros. La respuesta no vendrá de la repetición mecánica del pasado, sino de la capacidad de

46. Cf. Galli, Carlos María, *La Piedad popular: sensus fidei y locus theologicus*. Aportes del Papa Francisco a la teología de la piedad popular, en <https://repositorio.uca.edu.ar/bitstream/123456789/13312/1/piedad-popular-sensus.pdf>

conservar vivo el mismo espíritu que animó a aquellos primeros misioneros: la alegría del Evangelio, cercanía a los pobres, respeto por toda criatura, amor a la Iglesia, fraternidad universal y confianza inquebrantable en la Providencia.

Mientras esas actitudes continúen inspirando la vida de nuestras comunidades, el legado franciscano seguirá navegando el Paraná. No como un recuerdo melancólico de otros tiempos, sino como una corriente viva de gracia que invita a Corrientes a seguir escribiendo, con renovada esperanza, nuevas páginas de su historia cristiana.

Conclusión

Al llegar al final de este recorrido, volvemos naturalmente al lugar desde donde partimos: el río Paraná. No lo hacemos únicamente porque su cauce haya servido de escenario para los acontecimientos que hemos evocado, sino porque él mismo se ha convertido en una elocuente metáfora de la historia espiritual de Corrientes. Sus aguas continúan fluyendo incesantemente hacia el mar, mientras las generaciones humanas pasan, se renuevan y escriben nuevas páginas de la historia. El río permanece; los hombres cambian. Y, sin embargo, algo permanece también en el corazón de nuestro pueblo: la fe recibida de quienes, hace siglos, navegaron estas aguas llevando consigo la alegría del Evangelio.

Quizá esa sea una de las enseñanzas más hermosas que nos deja el VIII Centenario de la Pascua de san Francisco de Asís. El verdadero legado de un santo nunca queda encerrado en su tiempo. Cuando una vida ha sido plenamente evangélica, atraviesa los siglos con la misma discreción con que el agua del río atraviesa los paisajes: sin hacer ruido y transformándolo todo.

Así ocurrió con el espíritu franciscano en Corrientes, los primeros frailes arribaron para vivir el Evangelio. Lo anunciaron con la palabra, con una existencia sencilla, fraterna y profundamente confiada en la Providencia. Aprendieron la lengua del pueblo antes de pretender enseñar; caminaron sus senderos antes de indicar el camino; compartieron la pobreza de la gente antes de hablar de la bienaventuranza de los pobres. Comprendieron que la autoridad del Evangelio nace siempre del testimonio.

Por eso su obra ha trascendido a los siglos y permanece en la devoción filial a Nuestra Señora de Itatí, donde un pueblo encuentra refugio bajo el amparo de la Madre. Continúa presente en las interminables peregrinaciones que, año tras año, hacen del camino una verdadera experiencia de fe. Está

presente en la sencillez de tantas familias que siguen abriendo sus puertas al peregrino, compartiendo el pan y el mate con natural hospitalidad. Se contempla en el respeto por la creación, en el amor a la lengua guaraní, en las pequeñas ermitas levantadas junto a los caminos, en el pesebre que cada Navidad vuelve a recordar la humildad de Dios y en la convicción profundamente arraigada de que nadie puede salvarse solo.

Todo ello constituye mucho más que un conjunto de costumbres religiosas, es una manera de comprender la vida. Es una cultura iluminada por el Evangelio. La Iglesia ha reconocido siempre que la religiosidad popular es uno de los frutos más fecundos de la acción del Espíritu Santo en el Pueblo de Dios. Ella conserva una sabiduría que no nace de los libros, sino de la experiencia creyente de generaciones enteras. Tal vez muchos de quienes participan en una peregrinación, rezan el Vía Crucis, preparan un pesebre o elevan una oración sencilla frente a una imagen de san Antonio ignoren el origen histórico de esas expresiones. Sin embargo, continúan respirando, muchas veces sin advertirlo, el mismo espíritu que animó al Pobrecillo de Asís hace ocho siglos.

Allí reside la mayor victoria del Evangelio, cuando su inspiración se vuelve tan natural que pasa a formar parte de la identidad de un pueblo. Éste es, quizá, el mayor legado, no sólo una presencia histórica, sino una espiritualidad hecha cultura; no sólo templos de piedra, sino un pueblo capaz de descubrir la presencia de Dios en la sencillez de la vida cotidiana; no sólo recuerdos venerables, sino una forma de mirar el mundo desde la fraternidad, la minoridad, la alegría y la esperanza.

En nuestros días, cuando tantas voces parecen alimentar la confrontación, el aislamiento y la desconfianza, el carisma de san Francisco conserva una extraordinaria actualidad. Su invitación a reconocernos hermanos, cuidar la casa común, caminar con los pobres y construir la paz desde la humildad constituye una respuesta profundamente evangélica a las heridas de nuestro tiempo. Estamos llamados a renovar ese estilo misionero, cercano, sencillo, dialogante y profundamente encarnado en la vida de nuestro pueblo.

La mejor manera de honrar a quienes nos precedieron consiste en continuar la misión que ellos comenzaron. Así como Bolaños hizo lo suyo, nosotros estamos llamados a dar respuestas para que el Evangelio siga llegando al corazón de las nuevas generaciones. La fidelidad nunca consiste en repetir las mismas formas, sino en conservar vivo el mismo espíritu.

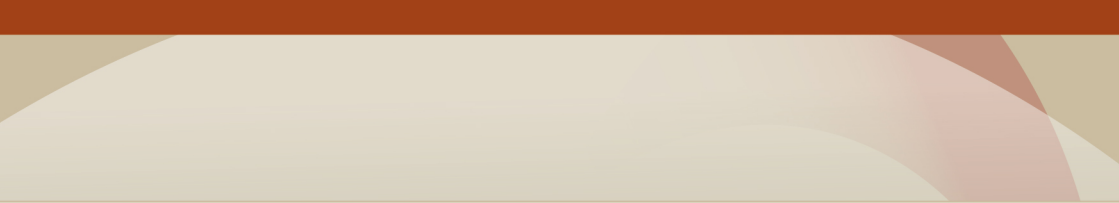
Mientras recorriamos estas páginas, el Paraná siguió fluyendo silenciosamente. Sus aguas no se detuvieron para escuchar esta reflexión ni se detendrán al finalizar la misma. Continuarán su marcha, como la vida misma, recordándonos que la historia de la salvación nunca permanece inmóvil. Dios sigue pasando por la vida de los pueblos con la misma discreción, serenidad y profundidad con que el río acaricia suavemente nuestras costas.

Quizá por eso el Paraná puede convertirse también en una imagen de la Iglesia que no retiene para sí la gracia recibida, sino que la hace llegar a todos, que no levanta diques para encerrar el Evangelio, sino que lo deja correr libremente hacia las periferias humanas y existenciales; que sabe que el agua estancada termina perdiendo su frescura, mientras el agua viva permanece siempre fecunda.

Al contemplar el río comprendemos, finalmente, que la misión nunca concluye. Cada generación recibe el Evangelio como quien toma agua limpia en sus manos y experimenta su desborde y frescura. Hace más de cuatro siglos, unos humildes hijos de san Francisco comenzaron esta tarea a orillas del Paraná, hoy nos corresponde a nosotros continuarla. Que el mismo Espíritu que impulsó al Pobrecillo de Asís, sostuvo a fray Luis Bolaños en sus largas jornadas misioneras e hizo florecer la fe en el corazón de nuestro pueblo siga conduciendo a la Iglesia que peregrina en Corrientes. Mientras el Paraná continúa abrazando nuestras costas nos recuerde que el Evangelio es como un río: nace del corazón de Dios, fecunda cuanto encuentra a su paso y avanza incesantemente hacia la plenitud de su Reino. Los remansos traen a la memoria lo que dice san Francisco: «comencemos hermanos... porque hasta ahora poco y nada hemos hecho»⁴⁷.

+ Fray José Adolfo Larregain OFM

47. Biografías de san Francisco, Tomas de Celano: «Comencemos, hermanos, a servir al Señor, porque hasta ahora poco o nada hemos hecho!» (1 Cel 103).



ARQUIDIÓCESIS DE CORRIENTES

www.arzcorrientes.com.ar

